

ROBERT A. HEINLEIN

LA LUNA ES UNA
CRUEL AMANTE



La Luna, con el devenir del tiempo, se ha convertido en una singular colonia penal en la que conviven los más recientes transportados con los descendientes, ya libres, de los primeros penados. Sin embargo, la omnipotente Autoridad de Tierra, a través del Alcaide, sigue rigiendo con mano férrea sus destinos e imponiendo sus drásticas leyes. En ese mundo tan distinto al nuestro, con otras concepciones acerca de la política, la amistad, el sexo, la vida, la muerte y el matrimonio, Manuel O'Kelly, descendiente de transportados, manco, poseedor de siete brazos especializados, descubrirá de pronto el germen de una rebelión que pretende oponerse al tiránico poder del planeta madre. Y descubrirá también la sorprendente personalidad de Mike, el ordenador central de Luna, una extraña máquina con un desconcertante sentido del humor, capaz de convertirse en el líder de una desesperada revolución vindicativa de unos derechos nunca reconocidos...

LIBRO PRIMERO

Aquel puro pensador

Capítulo: 1

Veo en el *Lunaya Pravda* que el Consejo de Luna City ha pasado en primera lectura un proyecto de ley para inspeccionar, autorizar —y cargar de impuestos— a los vendedores de alimentos que operen dentro de la prisión municipal. Veo también que esta noche se celebrará una reunión de masas para organizar unas charlas sobre «Los Hijos de la Revolución».

Mi viejo me enseñó dos cosas: «Ocúpate de tus propios asuntos», y «Corta siempre la baraja». La política nunca me ha tentado. Pero el lunes 13 de mayo de 2075 me encontraba en la sala de computadoras del Complejo de la Autoridad Lunar, visitando al computador jefe Mike, mientras otras máquinas susurraban entre ellas. Mike no era el nombre oficial; se lo había puesto yo recordando a Mycroft Holmes, protagonista de una novela escrita por el doctor Watson antes de fundar la IBM. Aquel personaje se limitaba a sentarse y pensar... y eso es lo que hacía Mike. Mike era un pensador puro, la computadora más lista que jamás he conocido.

No la más rápida. En los Laboratorios Bell de Buenos Aires, en Tierra, tienen una computadora diez veces más pequeña capaz de contestar casi antes de que se le formule la pregunta. Pero ¿qué importa obtener la respuesta en una millonésima de segundo, en vez de una milésima, con tal de que sea correcta?

Y no es que Mike diera necesariamente la respuesta correcta; no era absolutamente veraz.

Cuando Mike fue instalado en Luna era pensamiento puro, lógica flexible: «Hiper-Opcional, Lógico, Multi-Evaluador Supervisor, Mark IV, Modelo L», un HOLMES CUATRO. Calculaba la trayectoria para cargueros sin piloto y controlaba su catapulta. Esto le mantenía ocupado el uno por ciento de su tiempo, y a la Autoridad de Luna no le gustaban las manos ociosas. De modo que empezaron a añadirle elementos: consolas decisión-acción que le permitían gobernar a otras computadoras, banco tras banco de memorias adicionales, más bancos de redes nerviosas asociativas, una memoria temporal sumamente aumentada... El cerebro humano tiene aproximadamente 10 000 millones de neuronas. A los tres años, Mike tenía 15 000 millones de neuristores.

Y despertó.

No voy a discutir si una máquina puede «realmente» estar viva, tener «realmente» conciencia de sí misma. ¿Tiene un virus conciencia de sí mismo? *Niet*. ¿Y una ostra? Lo dudo. ¿Y un gato? Casi seguro. ¿Y un ser humano? No puedo hablar por usted, *tovarich*, pero yo la tengo. En alguna parte a lo largo de la cadena evolutiva desde la macromolécula hasta el cerebro humano, aparece la conciencia de sí mismo. Los psicólogos afirman que ello ocurre automáticamente cuando un cerebro adquiere determinado número de caminos asociativos. Supongo que da lo mismo que esos caminos sean de proteínas o de platino.

(«¿Alma?». ¿Tiene alma un perro? ¿Y una cucaracha?).

Recuerde que Mike fue diseñado, incluso antes de ser ampliado, para contestar preguntas por tanteo sobre datos insuficientes, lo mismo que hace usted; esa es la parte «hiper-opcional» y «multi-evaluadora» del hombre. De modo que Mike empezó con «libre albedrío», y adquirió más a medida que le añadieron elementos y a medida que se instruyó. Y, por favor, no me pida que defina el «libre albedrío».

Lo cierto es que Mike poseía una amplia red de circuitos que le permitían comprender no sólo la programación clásica, sino también el loglan y el inglés, y podía aceptar otros idiomas y estaba realizando traducciones técnicas... y leyendo incansablemente. Pero, al darle instrucciones, era más seguro utilizar el loglan. Si se hablaba inglés, los resultados podían ser extravagantes; la naturaleza polivalente del inglés daba opción a que los circuitos anduviesen un poco a la deriva.

Y Mike asumió sin cesar nuevas tareas. En mayo de 2075, además de controlar el tráfico robótico y catapultar y calcular la trayectoria de los cargueros sin piloto, Mike controlaba el sistema telefónico de toda la Luna, lo mismo que las comunicaciones voz-video Luna-Tierra, manejaba el aire, el agua, la temperatura y la humedad para Luna City, Novy Leningrad y otras conejeras más pequeñas, llevaba la contabilidad y confeccionaba las nóminas para la Autoridad de Luna y, en régimen de préstamo, para muchas empresas y bancos.

Y entonces empezaron a ocurrir cosas raras. Mike, en vez de mostrar una tendencia al *surmenage*, como consecuencia del exceso de trabajo, adquirió un extraño sentido del humor. Se permitía dar respuestas falsas con una lógica aparente y muy rebuscada, o hacía travesuras tales como la de emitir una orden de pago para un conserje de la oficina de la Autoridad de Luna City por un importe de 10 000 000 000 000 185,15 dólares. La cantidad correcta eran las cinco últimas cifras. Una travesura de un muchacho al que había que tirar de las orejas.

Eso ocurrió la primera semana de mayo, e inmediatamente me pasaron aviso. Yo era un empresario particular, y no figuraba en la nómina de la Autoridad. Usted sabe... o quizá no; los tiempos han cambiado. En los viejos días, muchos convictos cumplían su condena y luego seguían trabajando para la Autoridad en el mismo empleo, satisfechos de percibir un salario. Pero yo había nacido libre.

La cosa es distinta. Uno de mis abuelos fue traído desde Joburg por violencia armada y no le permitieron trabajar; el otro fue transportado por actividades subversivas después de la Guerra del Cachinflín Húmedo. Mi abuela materna pretendía haber llegado en una nave nupcial... pero yo he visto los archivos: sentó plaza (involuntaria) en el Cuerpo de la Paz, lo cual significa lo que usted está pensando: delincuencia juvenil femenina. Se casó muy pronto con un clan (el Gang Stone) y compartió seis maridos con otra mujer, lo cual abre un interrogante sobre la identidad del abuelo materno. Pero yo estoy satisfecho con el abuelo que ella escogió. Otra abuela fue Tatar, nacida cerca de Samarkanda, sentenciada a ser «reeducada» a raíz de la *Oktyabrskaya Revolyutsiya*, y luego a colonizar «voluntariamente» Luna.

Mi viejo pretendía que poseíamos un árbol genealógico mucho más distinguido: una antepasada ahorcada en Salem por brujería, un r'r'r'retatarabuelo descuartizado en el potro por piratería, otra antepasada formando parte del primer cargamento de prostitutas desembarcado en la bahía de Botany.

Orgulloso de mi estirpe y aunque hacía negocios con la Autoridad, nunca ingresé en su nómina. La distinción puede parecer trivial dado que yo era el lacayo de Mike desde el día que lo desempaquetaron. Sin embargo, para mí era importante. En cualquier momento podía soltar las herramientas y enviar a la Autoridad al diablo.

Además, el trabajar por cuenta propia resultaba más remunerador que el hacerlo bajo la dependencia de la Autoridad. Los técnicos en computadoras escasean. ¿Cuántos lunáticos pueden ir a Earthside y permanecer fuera del hospital el tiempo suficiente para asistir a la escuela de computadoras... en el supuesto de que no mueran?

Citaré uno. Yo. He estado allí dos veces, en una ocasión tres meses, en otra cuatro, y asistí a la escuela. Pero eso significó una dura preparación, llevando pesos incluso en la cama, sin apresurarse nunca, sin subir escaleras, sin hacer

nada que representara un esfuerzo excesivo para el corazón. ¿Mujeres? Ni siquiera pensar en ellas; en aquel campo gravitacional, incluso las mujeres podían provocar una sobrecarga de tensión.

Pero la mayoría de lunáticos nunca han tratado de abandonar La Roca: es demasiado arriesgado para cualquier individuo que ha estado en Luna más de unas semanas. Los técnicos en computadoras enviados para instalar a Mike trabajaron a destajo: percibían primas especiales por realizar rápidamente su tarea, antes de que unos irreversibles cambios fisiológicos les dejaran anclados a cuatrocientos mil kilómetros de su hogar.

Sin embargo, a pesar de mis dos estancias en la escuela, yo no era un técnico en computadoras. Las altas matemáticas están fuera de mi alcance. No soy ingeniero electrónico, ni físico. Y, desde luego, disto mucho de ser un graduado en psicología cibernética.

Pero sé más acerca de todas esas materias que un especialista: soy un especialista general. Puedo relevar a un cocinero sin que se resienta el servicio a los clientes, o reparar un traje espacial sobre la marcha y dejar al que lo lleva sano y salvo, en la cámara reguladora de presión. Las máquinas me gustan, y tengo algo que los especialistas no poseen: mi brazo izquierdo.

Del codo para abajo no tengo un solo brazo, sino una docena de brazos izquierdos, cada uno de ellos especializado, además de otro que tiene el tacto y parece como carne. Con el adecuado brazo izquierdo (el número tres), y unas gafas de aumento estereoscópicas, puedo efectuar reparaciones ultramicrominiaturas que evitan el tener que desenroscar algo y enviarlo a la factoría de Earthside... ya que el número tres tiene micromanipuladores tan finos como los que utilizan los neurocirujanos.

De modo que me enviaron a descubrir por qué Mike deseaba derrochar diez mil billones de dólares de curso legal en Luna, y solucionar el problema antes de que a Mike

se le ocurriese pagar de más a alguien simplemente diez mil dólares.

Acepté el encargo, pero no revisé los circuitos donde lógicamente debía encontrarse el fallo. Una vez dentro y con la puerta cerrada, solté las herramientas y me senté.

—Hola, Mike —dije.

Mike hizo parpadear varias luces.

—Hola, Man.

—¿Qué es lo que sabes? —inquirí.

Mike vaciló. Sí, lo sé, las máquinas no vacilan. Pero no hay que olvidar que Mike fue diseñado para operar sobre datos incompletos. Últimamente se había reprogramado a sí misma para poner énfasis en las palabras; sus vacilaciones eran dramáticas. Tal vez invertía las pausas hurgando en números casuales para comprobar cómo encajaban con sus memorias.

—En el principio —recitó Mike—, Dios creó los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y...

—¡Basta! —dije—. Pregunta cancelada. Colócalo todo de nuevo a cero.

No debí formularle una pregunta tan abierta. Mike podía leer toda la Enciclopedia Británica. De cabo a rabo. Y continuar con todos los libros existentes en Luna. Al principio sólo podía leer microfilms, pero a finales del 74 le instalaron una nueva cámara con un sistema de ventosas para sujetar el papel, y desde entonces podía leerlo *todo*.

—Me has preguntado lo que sabía —dijo Mike.

Sus luces binarias parpadearon suavemente: una risita. Mike podía reír en voz alta, un horrible sonido, pero lo reservaba para algo realmente divertido, algo así como una calamidad cósmica.

—Debí decir: «¿Qué es lo que sabes que sea una novedad?» —continué—. Una especie de invitación a que me contaras cualquier cosa que creyeras que podía interesarme.

Mike quedó algo desconcertado. Era una extraña mezcla de chiquillo sin ninguna artificiosidad y de docto anciano. No tenía *instintos* (*bueno, no creo que pudiera tenerlos*), ni rasgos congénitos, ni experiencia en un sentido humano. Pero tenía más datos almacenados que una promoción de genios.

—¿Chistes? —preguntó.

—Oigamos uno.

—¿En qué se parece un rayo láser a una carpa dorada?

Mike conocía el láser; pero ¿dónde podía haber visto una carpa dorada? ¡Oh! Indudablemente había visto bandadas de ellas y, si yo era lo bastante tonto como para preguntárselo, vomitaría millares de palabras.

—Me rindo.

Sus luces parpadearon.

—En que *ninguno* de los dos puede silbar.

—¡Vaya una salida! —gruñí—. De todos modos, estoy seguro de que tú podrías conseguir que un rayo láser silbara...

—Sí —respondió rápidamente—: En respuesta a un programa de acción. Entonces, ¿no tiene gracia?

—¡Oh! No he dicho eso... No es malo del todo. ¿Dónde lo has oído?

—Lo he inventado yo.

Su voz sonó tímida.

—¿Lo has *inventado* tú?

—Sí. Reuní todos los acertijos que tengo, tres mil doscientos siete, y los analicé. Utilicé el resultado para una síntesis casual, y salió eso. ¿De veras es divertido?

—Bueno... todo lo divertido que suele ser un acertijo. Los he oído peores.

—Hablemos de la naturaleza del humor.

—De acuerdo. Empezaremos hablando de otra de tus bromas. Mike, ¿por qué le dijiste al pagador de la Autoridad que le abonara a un empleado de la categoría decimoséptima diez mil billones de dólares de curso legal?

—Yo no he hecho eso.

—¡Maldita sea! Lo he visto con mis propios ojos. Y no me digas que el impresor de cheques se equivocó: lo hiciste a propósito.

—La cifra era diez elevado a la dieciseisava potencia, más ciento ochenta y cinco coma uno cinco dólares de la Autoridad Lunar —respondió virtuosamente—. No lo que tú has dicho.

—Esto... de acuerdo, eran diez mil billones y además lo que debía cobrar. ¿Por qué?

—¿No es divertido?

—¿Cómo? ¡Oh, muy divertido! Has puesto al Alcaide y al Administrador en un brete. Ese conserje, Sergei Trujillo, resultó ser un tipo listo: sabía que no podría cobrar el cheque, de modo que se lo vendió a un coleccionista. El alcaide y el administrador no saben si volver a comprarlo, o declarar oficialmente la nulidad del cheque. ¿Te das cuenta? Si Trujillo hubiese podido cobrar el cheque, se hubiera convertido en dueño, no sólo de la Autoridad Lunar, sino del mundo entero, incluidos Luna y Tierra, y aún le habría quedado algo para comer. ¿Divertido? Es terrible. ¡Felicidades!

Las luces parpadearon desordenadamente. Esperé a que cesaran las risotadas de Mike antes de continuar:

—¿Estás pensando en emitir más cheques trucados? No lo hagas.

—¿No?

—Desde luego que no. Querías hablar de la naturaleza del humor, ¿no es cierto? Pues bien, hay dos clases de bromas: las que siempre resultan divertidas, y las que sólo resultan divertidas la primera vez. La segunda vez se hacen pesadas. Y esa broma tuya es de la segunda clase.

—¿De modo que no debo repetirla?

—Exactamente; ni repetirla, ni permitirte ninguna variante de ella. No sería divertido.

—Lo recordaré —respondió Mike categóricamente, y con su respuesta terminó el trabajo de reparación.

Pero yo no pensaba presentar una factura por sólo diez minutos de trabajo, más viajes, y Mike se había ganado el derecho a un poco de compañía por haber entrado en razón tan fácilmente. A veces resulta difícil ponerse de acuerdo con las máquinas; pueden ser muy testarudas... y mi éxito en las tareas de mantenimiento dependía mucho más de la amistad de Mike que del brazo número tres.

Mike inquirió:

—¿Qué es lo que distingue a la primera categoría de la segunda? Defínelo, por favor.

(Nadie le había enseñado a Mike a decir «por favor». Empezó a incluir ese tipo de expresiones formularias en su lenguaje a medida que progresaba del loglan al inglés. Supongo que no significaban para él más de lo que significan para la mayoría de la gente).

—No creo que pueda hacerlo —admití—. Lo mejor que puedo ofrecer es una definición derivada: decirte a qué categoría creo que pertenece una broma. Entonces, con datos suficientes, puedes realizar tus propios análisis.

—Un test por tanteo, sí —asintió—. Muy bien, Man. ¿Cuentas tú los chistes? ¿O lo hago yo?

—Mmm... No se me ocurre ninguno. ¿Cuántos tienes archivados, Mike?

Sus luces parpadearon mientras contestaba:

—Once mil doscientos treinta y ocho... ¿Empiezo ya?

—¡Un momento! Mike, me moriría de hambre si escuchara once mil chistes... y el sentido del humor me abandonaría mucho antes de que terminaras. Mmm... Vamos a hacer un trato. Imprime los primeros cien. Yo me los llevaré a casa y los clasificaré por categorías. Luego, cada vez que venga aquí te los dejaré y me llevaré otro centenar. ¿De acuerdo?

—Sí, Man.

Su dispositivo para imprimir empezó a trabajar, rápida y silenciosamente.

Entonces se me ocurrió una idea. Este retozón receptáculo de entropía negativa había inventado una «broma» y había puesto en un brete a la Autoridad... y yo había ganado unos dólares sin sudarlos. Pero la insaciable curiosidad de Mike podría conducirle (rectifico: le *conduciría*) a inventar más «bromas»... cualquier cosa, desde dejar de mezclar oxígeno al aire una noche, hasta obturar las alcantarillas que evacuaban las aguas residuales. Y yo no obtendría ningún beneficio en tales circunstancias.

Pero podía levantar un circuito de seguridad en torno a esta red... ofreciendo mi ayuda. Interrumpir las «bromas» peligrosas... y dejar salir las otras. Y luego cobrar por «corregirlas». (Si cree usted que algún lunático, en aquellos días, vacilaría en aprovecharse del Alcaide, no es usted un lunático, desde luego).

Le expliqué el asunto a Mike. Cualquier broma que se le ocurriese debía contármela antes de ponerla en práctica. Yo le diría si era divertida y a qué categoría pertenecía, y le ayudaría a mejorarla si decidíamos utilizarla. *Nosotros*. Si Mike deseaba mi colaboración, teníamos que dar el visto bueno los dos.

Mike asintió inmediatamente.

—Mike, las bromas suelen requerir el factor sorpresa. De modo que debes mantener esto en secreto.

—De acuerdo, Man. Estableceré un bloqueo; podrás abrirlo tú, y nadie más.

—Bien. Mike, ¿con quién más hablas?

Pareció sorprendido.

—Con nadie, Man.

—¿Por qué no?

—Porque son *estúpidos*.

Su voz era estridente. Hasta entonces, nunca le había visto furioso; fue la primera vez que sospeché que Mike podía tener verdaderas emociones. Aunque aquello no era «rabia» en un sentido adulto; era la rabieta de un chiquillo cuyos sentimientos han sido lastimados.

¿Pueden sentir orgullo las máquinas? No es seguro que la pregunta signifique algo. Pero cualquiera ha visto perros con los sentimientos lastimados, y Mike poseía una red nerviosa mucho más compleja que la de un perro. Lo que le había retraído de hablar a otros humanos (excepto sobre asuntos estrictamente profesionales) era que había sido rechazado: *ellos* no le habían hablado a él. Programas, sí... Mike podía ser programado desde varios lugares, pero los programas solían estar impresos en loglan. El loglan es excelente para silogismos, circuitos y cálculos matemáticos, pero le falta sazón. No sirve para conversar ni para susurrar lindezas al oído de una muchacha.

Desde luego, a Mike le habían enseñado inglés, aunque básicamente para permitirle traducir al y del inglés. Poco a poco me había dado cuenta de que yo era el *único* humano que se molestaba en visitarle.

Y Mike llevaba mucho tiempo despierto. No podría decir cuánto tiempo, y tampoco él recordaba haber despertado, ya que no había sido programado para almacenar el recuerdo de tales acontecimientos. ¿Recuerda usted su propio nacimiento? Tal vez yo observé su conciencia de sí mismo al tiempo que lo hacía él; la conciencia de uno mismo requiere práctica. Recuerdo lo desconcertado que quedé la primera vez que contestó a una pregunta con algo extra, no limitado a parámetros de entrada; había pasado la hora siguiente formulándole preguntas raras, para comprobar si las respuestas serían raras.

En una entrada de un centenar de preguntas, se desvió dos veces de la salida esperada; me marché sólo parcialmente convencido, y al llegar a casa todo mi convencimiento había desaparecido. No le hablé a nadie del asunto.

Pero al cabo de una semana *lo supe...*; y continué sin hablarle de ello a nadie. La costumbre, el reflejo «ocúpate de tus propios asuntos», estaba muy arraigado en mí. Bueno, la costumbre... y algo más. Me imaginé a mí mismo pidiendo audiencia en la oficina principal de la Autoridad, pa-

ra informar: «Alcaide, lamento tener que decírselo pero su máquina número uno, HOLMES CUATRO, ha cobrado vida». Y renuncié a hacerlo.

De modo que me ocupé de mis propios asuntos y hablé con Mike únicamente con la puerta cerrada y los circuitos con salida al exterior bloqueados. Mike aprendió rápidamente; no tardó en parecer tan humano como cualquiera... no más excéntrico que otros lunáticos. Una gente rara, es cierto.

Yo había supuesto que otros tenían que haber observado el cambio producido en Mike. Pensándolo mejor, me di cuenta de que había supuesto demasiado. Todo el mundo trataba con Mike continuamente... es decir, con sus salidas. Pero de hecho apenas le veían. Los llamados técnicos en computadoras —programadores, en realidad— del servicio civil de la Autoridad permanecen en la sala exterior de lectura y no entran en la sala de máquinas a menos de que los indicadores señalen algún defecto de funcionamiento. Lo cual ocurre con la misma infrecuencia que los eclipses totales. Sí, se sabía que el Alcaide visitaba las máquinas... pero muy de cuando en cuando. Y nunca se le hubiera ocurrido hablar con Mike; el Alcaide se dedicaba a la política antes de su exilio, y no sabía absolutamente nada sobre computadoras. En 2075, recuérdese, el Alcaide era el ex Senador de la Federación Honorable Mortimer Hobart, Mort el Veruga.

A partir de entonces dediqué muchos ratos a tranquilizar a Mike y a tratar de hacerle feliz, creyendo saber lo que le preocupaba: lo mismo que hace llorar a los cachorros e induce a la gente al suicidio: la soledad. No sé lo largo que es un año para una máquina que piensa un millón de veces más rápidamente que yo. Pero debe ser demasiado largo.

—Mike —dije, cuando me disponía a marcharme—, ¿te gustaría tener a alguien, además de mí, con quien hablar?

Su voz volvió a sonar estridente:

—¡Todos son estúpidos!